

Sr. Jacinto Miraflores de la Rosa
Búcaro No. 41
Fortín de las Flores, Ver.

Querido Piquis:

Te escribo aún bajo los efectos de la sacrosanta indignación que ha hecho presa en mí desde el jueves pasado en que asistí a un estreno de teatro con la obra intitolada *Los chicos de la banda*. ¡Por favor! ¿Pero qué fue eso? No, si te digo que aún no me repongo y tengo que estar a base de tazas de té de tila que me da cada hora Alfredo, un encanto de muchacho que conocí en los baños turcos “Así era Alcibiades”, situado en las calles de Magnolia y que mucho te recomiendo cuando vengas a la capital. Tú sabes que yo no tengo prejuicios de ninguna naturaleza, ¡nada más eso me faltaba a estas alturas!, y que no me asustan ni las redadas que hace la Judicial en el Paseo de la Reforma a las dos de la mañana, de manera que no creas que estoy escandalizado ni cosa que se le parezca. Lo que estoy es enojado, tanto, que a la salida del teatro hice una rabieta, pateé el suelo y me tiré en la alfombra víctima de un vértigo.

Paso a explicarte el motivo, causa o razón de mi furia. Ya te habrás enterado de todo el escándalo que se armó porque un pequeño duque feudal siglo xx prohibió en sus dominios la representación de esta obra porque trataba los problemas que pueden tener las personas que son como tú o como yo. La prohibición armó un revuelo gigante y los que tenemos este defectillo nos pusimos más de moda que nunca. Por fin la razón y la lógica se impusieron, el señor feudal (léase Delegado del Departamento del D. F.) quedó en un lamentable ridículo y la obra pudo estrenarse en otro feudo más sensato. Pero ¡ay, Piquis de mi corazón, qué desastre, qué desastre! Yo, como aquel filósofo de apellido Voltaire (espero que no sea pariente de Jacqueline, tan mona) digo que “No estoy de acuerdo con lo que dices, pero defenderé hasta la muerte el derecho que tienes para decirlo.” (¡Ay Piquis, qué culto me vi al escribir lo anterior!) De modo que me parece

de perlas que se haya estrenado esa infame obra y yo fui la primera, perdón, el primero que firmó cuanta protesta hubo que firmar, porque defiendo hasta la muerte (es un decir) la libertad de expresión pero no estoy de acuerdo en lo absoluto con la puesta en escena que llevó al cabo Nancy Cárdenas, nuestra dilecta y abanderada amiga. ¡Qué dirección, santo patrono de la ciudad de Sodoma! Por llamarla de alguna manera, la llamaremos dirección, pero yo más apropiadamente la llamaría confusión, caos, *debacle*, vorágine, *et de coeteris*. Con decirte que en el primer acto, amén de tener a los personajes en fila india, muy formaditos de cara al público, de pronto se dio cuenta la directora que el lado derecho (del actor) estaba casi siempre vacío, por lo que no tuvo más ocurrencia que desplazar a todos y cada uno de los mencionados personajes rumbo al bar no menos de treinta veces, y como iban tanto y tanto, hubo un momento en que dos actores chocaron en escena (¡primera vez en mi existencia que veo algo semejante y me entró un breve ataque de hilaridad nerviosa!)

Esto en cuanto al tráfico escénico, que en cuanto a dirección de actores no la vi por ningún lado. Con decirte que hasta Sergio Jiménez, actor al que tanto admiro y que me parece que está como quiere, ahora está mal, porque como nadie le dijo nada, él mismo configuró su personaje y le dio una solemnidad tan falsa que ganas me daban de subirme al foro y darle un golpe con el pétalo de una rosa. Miguel Ángel Turrent, quien es también muy buen actor joven, aquí está como para que lo emplumen con alquitrán, no porque no existan compañeritas así, no, que tú y yo conocemos a muchas, es decir, muchos, sino porque así no es el personaje que interpreta; pero volvemos a lo mismo, la directora lo dejó solo y el pobrecillo se fue a lo fácil, al homosexual recargado pero amargado y retenido, y el personaje se fue a la porra.

Sergio Bustamante, primer actor indiscutible, que lo mismo puede estar muy bien que muy mal, aquí por vez primera en su carrera no está ni una cosa ni la otra: te da igual, salvo el último momento de la obra, cuando el autor se puso melodramático estilo Alfonso Paso, y ayudado por la mala dirección, el pobre Sergio parece María Tereza Montoya en sus buenos tiempos: arrasándose, gimiendo, arrancándose la peluca y dando pequeños

grititos. ¡Por favor! ¿Pero qué es eso? Toda esa larga escena de histerismo y de melodrama trasnochado, después de haber presentado durante más de dos horas un gigantesco *sketch* del Teatro Apolo, no encaja, Piquis, simplemente no encaja, pero te confieso que fue donde más me reí por lo falso, lo sobreactuado y lo tremendista que pretende ser. Seguramente allí es donde se quiere justificar la “importancia” de la obra, que no la tiene por ningún lado.

Dicen los que viajan en excursiones de la Cook, que en otros países no era así la obra, y lo creo, porque si no, jamás la habrían incluido en el repertorio del Old Vic. ¿Te imaginas a esa compañía tan seria representando un *sketch* del Güero Castro? Pues haz cuenta lo que vi esa noche. Concesiones burdas, a granel, para que el público “normal” se riera a más y mejor de lo que pretendidamente es nuestra existencia. Eso no es ser “valiente” sino cruel tontamente cruel. Sergio Corona, quien está gracioso, para qué es más que la verdad, es el bufón descarado y el público se ríe más que con Borolas, pero ya se sabe que siempre que en un foro aparece un afeminado hasta ese extremo, la reacción no se hace esperar. Es como cuando las compañías antiguas veían mal la temporada y montaban *Las apariciones de la Virgen*, o cuando Esperanza Iris, cuando ya su voz no le permitía dar el agudo, al llegar a él en lugar de darlo gritaba: ¡Viva México!, y el aplauso no se hacía esperar. Son viejos trucos del teatro, tan viejos que te indigna que en 1974 en el Teatro Insurgentes, que sea Nancy Cárdenas y que se anuncie como la obra que va a redimir a nuestro país de su atraso intelectual, se caiga en lo mismo de hace una centuria. Si esto hace una intelectual como Nancy, ¿qué se puede esperar que hagan los teatros con nombre de fechas? Y luego nos quejamos.

De los demás “actores” te diré que prefiero no decir nada, porque casi no me enteré de lo que decían, y mira que estaba yo en quinta fila ocupando el asiento que dejó un crítico teatral en cuanto se dio cuenta que aparecían homosexuales en escena. Una escenografía bonita pero muy *snob*, tú, aunque me imagino que así deben ser los departamentos de nuestros compañeritos ricos. ¡Ay, San Óscar Wilde, si vieran el mío! Una cama, un baño, un librero con las obras completas de Sade, y basta. Pero, en fin, a

mí me apantalló mucho el leer en el programa que la escenografía era diseño de un barón; sí, chulis, leíste bien, nada menos que de un barón, así con b labial, y cuando salió a dar las gracias no me quedó duda de que en efecto era un barón, porque salió vestido de escenografía.

En fin, Piquis, que todo fue un asco. Y yo no sé por qué se hizo tanto escándalo con esta obra si hace dos años se había puesto *La escalera*, que ésa sí que era una buena obra sobre homosexuales, sin concesiones, sino todo lo contrario: amarga, fuerte, valiente, inteligente, y no este “sketchote” mal construido, mal pensado, mal dialogado y peor “adaptado”. Porque esa es otra, Piquis de mi corazón: la adaptación a México. ¡Ay, San Piotr Illich Chaikowsky!, ¿pero qué le pasa a Nancy? ¿Cómo es posible que dos o tres efímeros triunfos se le hayan subido tanto a la cabeza? ¿Por qué busca ahora el éxito fácil, de carpa, de pastelazo? ¿Sólo para que le arrojen flores la noche del estreno al salir a dar las gracias? ¿Y gracias de qué? Nancy se defiende diciendo que era necesaria la adaptación a lugares comunes mexicanos porque de otra manera los chistes perderían su efecto al nombrar a personajes o lugares norteamericanos, y entonces venga nombrar a Lolita del Río, a Carmen Montejo, a Meche Barba y a Fernando Fernández. Con ese criterio, José Solé debió “adaptar” el *Hipólito*, de Eurípides, que acaba de estrenar con buen éxito, porque el público no iba a entender los nombres y los lugares de la Grecia antigua, y en lugar de Creta debieron poner Topilejo, y en lugar de Atenas, Zacazonapan, y en lugar de Fedra, Lupita, y en lugar de Teseo, Pepe.

Bueno, Piquis, ya me cansé de escribirte, porque sabes que tengo la muñeca delicada y porque es doloroso para mí revivir ese espectáculo tan lamentable por mal hecho, desde el autor hasta el tramoyista que hacía sonar el teléfono cuando estaba descolgado. Baste ya con decir que nuestro problema (si es que es problema, aunque para mí no lo sea) no ha sido abordado aún con inteligencia desde “La balada de la cárcel de Reading” y un poco en *La escalera. Los chicos de la banda* (de Huipanguillo) (¿y por qué eso de “chicos”, una palabra tan localista en la madre patria, existiendo en México el equivalente exacto del inglés *boys*, en la palabra “muchachos”, tan bella?) no es más

que una forma de hacerse publicidad, de ganar dinero fácil, de prostituir aún más el teatro y de ver destruidos una serie de valores importantes que tenía Nancy Cárdenas. ¡Qué triste, querido Piquis, qué triste!

Te mando un beso y que tu mamá esté bien. ¿Sigues practicando “Para Elisa”, de Beethoven? Tu amiguito que te quiere

Florián

16 de junio de 1974

EL CANTAR DE MÍA XIMENA RIVELLES

I

Sospiró mio Cid — ca muchos avié grandes cuidados,
e fabló mio Cid — bien e tan mesurado:
¡Ah, Ximena, fermosa dama — la mi mugier tan complida,
plegue a Dios — e a Santa María
poder vengar los agravios — que una noch nos ficieron!
Yo, Ruy Díaz de Vivar — Cid Campeador llamado,
fui una noch al teatrot — de un tal Fidalgo mentado,
y al veede lo que vide — fuide los ojos llorando.
La mia mugier onriada — que sempre la mia manol besava,
e que fincaba los inojos — cada vez que me abracaba,
la vide cambiada tanto — tornada en mugier liviana,
queriendo folgar con Minaya — por ser ya muy casquivana.
Tanvién al mio rei e señor — don Alfonso de Navarra,
la mia mugier dava voces — e lo llamaba asesino,
e a mi fija la doña Sol — o quizá era doña Elvira,
(la mia mugier olvidaba — qual erat su nom
pues María la llamaba — siendo Elvira o doña Sol)
un grande odio la tenía — por ser mugier de vien.
La dueñat Constanza vieja — una alcafueta sería,
que aconsejaba a Ximena — vurlar la memoria mía.